

responsabilidad que traía sobre él aquel fatal acontecimiento, y después se dirigió tranquilo á su despacho, jurando una y mil veces vengarse de la burla sangrienta del guerrillero.

Al día siguiente anunciaron los periódicos que Pablo Martínez estaba en poder de la autoridad francesa, y que el coronel encargado de la custodia del camino de Tlalpam había sido pasado por las armas por habérsele encontrado documentos que acreditaban su complicidad con los desidentes.

## CAPÍTULO SEPTIMO.

### EL ALMA DE UNA MUJER.

#### I.

Las imaginaciones exaltadas suelen tener doble vista, como se cuenta de los sonámbulos y magnetizados.

La emperatriz Carlota estaba bajo la influencia de su cerebro lleno de imágenes ardientes y de concepciones rápidas como la exhalación.

Su inteligencia era clara como la luz del sol, y comprendía cualquier negocio á su simple enunciación.

Carlota de Austria presidía algunos consejos con un tacto admirable. Era el consejero más hábil de Maximiliano.

A fines de Junio de ese año terrible de 1866, se encontraba la desgraciada princesa en su cámara, hojeando la nota del 5 de Abril que interesaba tanto al imperio mexicano.

Carlota llevaba aún el luto por su padre el rey Leopoldo. Los pesares habían empalidecido aquella interesante fisonomía, la mirada era triste y concentrada.

¡Pobre joven archiduquesa! Los pesares la combatían en las horas supremas de su vida, en esa época que se llama juventud y que se arrastra tantas contrariedades.

¡Había nacido en hora aciaga!.....Joven, hermosa, llena de aplausos, colmada de incienso y de riqueza, era la joya más preciosa de la corte de Bélgica.

Arrastrada por la ambición, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, caso que José II no tuviese sucesión.

Ya la hemos visto perder la razón en el sueño de la mo-

narquia mexicana, y pesar de la balanza de la voluntad en Maximiliano para la aceptación del trono.

Carlota tenía arranques terribles en que su corazón de mujer quedaba bajo su planta.

Irascible y orgullosa, su nacimiento y educación la levantaban sobre el nivel de las de su sexo.

Poseía en alto grado esa afectación de las cortes, de las que se sacrifica la creencia religiosa.

Carlota era protestante, y sin embargo, iba á levantar sus preces en los templos católicos de México.

Enemiga á muerte de nuestro clero, le cobraba el sacrificio de asistir á sus ceremonias, cuando su alma se envolvía en las tinieblas del dogma luterano.

#### II.

Maximiliano, triste y abatido como un hombre en desgracia, se dejaba llevar como una nave desmantelada por el primero que toma el timón en la hora exasperada del naufragio.

La correspondencia europea le había arrancado hasta la última de sus esperanzas.

El mar del porvenir se hinchaba, y crecía en olas gigantes hasta cubrir la miserable roca donde se levantaba el sitial del trono.

El infeliz Fernando Maximiliano, no había contado en su existencia una hora de tranquilidad.

En la corte de Viena vivía como los hermanos de los mayorazgos: abatido, humillado, con la frente baja, delante de José II que lo quería mal.

Lanzado desde sus tiernos años á las tormentas del Océano, bajo el pretexto de instruirle en la marina, su existencia había estado cien veces en peligro, sin que esta perpetua ansiedad inquietase á la augusta familia.

Maximiliano no era hombre de mucha capacidad; sin embargo, tenía la suficiente para conocer lo terrible de su situación. Era Don Juan de Austria de aquel Felipe II, sin tener las glorias ni el arrojo del bastardo de Carlos V.

Entregado á la vida del marino, cuando llegó á posarse en tierra, se entregó sin quien lo contuviera, á extravíos juveniles que acabaron por fastidiarlo.

José II ajustó el matrimonio con Carlota Amalia, hija de rey Leopoldo.

Maximiliano llegó á amar tiernamente á la princesa; pero Dios no había querido darle sucesión, y su hogar estaba triste y abandonado.

Maximiliano, retraído de la corte, fabricó el castillo de Miramar, para encerrarse como en una torre, prisionero de la fatalidad.

Jose II le encomendó algún tiempo el gobierno Lombardo Veneto, y el archiduque descubrió algunas dotes, administrativas que lo popularizaron y crearon algunos partidarios, lo cual no fué del agrado de su augusto hermano.

Su administración en la Lombardía tiene una página sangrienta.

El gobierno austriaco está familiarizado con los patíbulos, y esto no es una novedad en la trágica dinastía de los Hapsburgos.

La secreta rivalidad despertada en el corazón de José II, hizo proscribir al archiduque.

Se cuenta, y pasa por un hecho histórico, que ese orgulloso emperador quiso atravesar con su espada el pecho de su hermano en un consejo de familia.

Napoleón III, al querer establecer el imperio en México, pensó en Maximiliano, como el instrumento más á propósito para sus miras en el porvenir de América.

José II consintió en que su hermano se ciñese la corona de México, previa renuncia de los derechos de agnación al trono de Austria. Estos derechos, que teniendo José II sucesores parecían ilusorios, no lo eran, toda vez que el pueblo austriaco en sus convulsiones revolucionarias tornaba la vista al hermano del emperador.

La hora se aproximaba en que el trono de Maximiliano debía desplomarse, y la Francia se retiraba dejando una víctima á la revolución en quien cebarse.

Los preliminares de ese día funesto para el archiduque, se determinaban visiblemente en el mundo de la política.

José II se contentaba con decir en la corte de Viena, que su hermano había corrido una aventura cuyas eventualidades había él provisto de antemano, y por una concesión fuera de su carácter, había convenido en el enganche para formar el ejército mexicano.

Hay espíritus que al entrar en el océano siempre inquieto de la política, llevan la conciencia de su destino.

Maximiliano, al poner su planta vacilante en la cubierta de la "Novara," y al escuchar las salvas de la marina austríaca que lo despedían del puerto de Trieste, tuvo el presentimiento de un desastre, y lanzado sin un rayo de fé en el mar de vicisitudes, cerró sus ojos para ir á donde la suerte condujese aquella nave arrebatada por los antros de la fatalidad.

Era voluminosa la correspondencia que el emperador había recibido de Europa.

Abrió un pliego con el sello del gobierno Austriaco, y leyó en voz alta con ansiedad:

"Han empezado en todas las provincias de Austria, y continuarán hasta el fin de Abril, los enganches de voluntarios para México. Mil hombres alistados en esta primavera, emprenderán viaje á Veracruz el 8 de Mayo. Las comisiones de enganche se componen de un oficial de Estado Mayor, de un capitán, de un oficial superior y de un médico militar. Los enganchados son trasportados inmediatamente á Leibach, depósito principal de la legión de voluntarios para México, al mando del teniente coronel retirado Mr. Vincout Petican.

"Debiendo quedar enganchados este año 3,000 hombres, se suspenderán los reclutamientos á fines de Abril; pero se empezarán de nuevo en el otoño."

—Mi augusto hermano, dijo el archiduque, es acreedor á nuestra gratitud.

—¡Estamos salvados!

—Sí, Carlota; para el invierno de 67, el contingente austriaco estará en el territorio y podremos afrontar la crisis que necesariamente provocará la retirada del ejército expedicionario.

—¡Deber la paz de la monarquía á nuestros esfuerzos!

—¡No necesitar del auxilio de la Francia!

—Maximiliano! dijo exaltada la emperatriz, es necesario variar de rumbo, la política seguida hasta aquí, en medio de las transacciones nos ha conducido al abismo: desprendámonos de los republicanos que hemos llamado al poder; ellos han hecho más por la revolución que por el imperio; no hemos podido vencer su repugnancia hacia estas instituciones.

Sólo podemos contar con los soldados: Márquez será el jefe del ejército; ese hombre ha puesto un mar de sangre entre él y los republicanos; cierto que es un asesino miserable, á quien instintivamente aborrecemos; pero no importa, es necesario utilizar esa fiera salvaje. Sirvanos como Tristan á Luis el Onceno, como ejecutor de la justicia imperial.

Contamos con Miramón, el hombre de la fortuna y del valor, aunque está manchado con el robo escandaloso de los fondos de la convención, y revolcado en el cieno de una existencia llena de miserias y de crímenes: sea el Juan Diente de Maximiliano I.

Tenemos otros jefes de segundo orden, serviles y humillados á nuestros piés, como unos esclavos formemos el ejército, y después del triunfo, los que hayan quedado de esos miserables, los relegaremos al desprecio y olvido!

—Bien, Carlota, yo me dejo llevar por tus inspiraciones; cambiaré definitivamente en mi marcha política y administrativa. Sí, Carlota, yo me he hecho violencia durante mucho tiempo; se necesita otra educación para plegarse á ese sistema deocrático no aceptado hasta hoy por ninguno de los hom-

bres de nuestra raza. Yo me revelo contra toda observación, quiero ser obedecido sin restricción alguna.

—Y lo serás; si tienes energía y perseverancia, no hay mas que echarse en brazos de los hombres que nos han ayudado á levantar el trono: llamemos á ese partido de la tradición, ¿qué nos importa volver atrás? Napoleón hace sentir su influencia progresista en todos los ramos, menos en el de la política. ¿Qué nación del viejo Continente puede jactarse de liberal y demócrata? La misma Inglaterra tiene una mano de hierro sobre sus pueblos, sofocando la revolución que la amenaza de continuo, y tiene alzado un patíbulo para los phenianos. Johnson con el veto, ha sofocado la efervescencia radical, y en el senado se apaga la tea que enciende la juventud americana en el Capitolio! Sí, Fernando, todos los poderes están sobre los pueblos: Juárez mismo ha tenido que adjuar del principio constitucional, erigiéndose en dictador para sostener la paz y la guerra.

—Bien, dijo Maximiliano, acepto todo tu programa.

Continuemos la lectura de las notas, dijo Carlota, y leyó el contrato celebrado en Viena por la Compañía trasatlántica francesa, con la comisión encargada de la expedición de austriacos voluntarios para el servicio de México. Todo está perfectamente arreglado.

—Veamos qué dicen los Estados Unidos, dijo Maximiliano: aquel país es fatídico para nosotros.

Carlota rompió el sello de un despacho confidencial, y su vista de águila la pasó atrevida por aquellas líneas. Algo de funesto encontró en el sentido de aquellos renglones, porque la sangre enrojeció sus mejillas, de sus ojos inmensamente abiertos se desprendieron dos lágrimas de fuego, y sus dientes rechinaron con horror.

Maximiliano tomó con mano temblorosa el pliego, y leyó:

“Washington, 23 de Abril.—El gobierno ha recibido del emperador de los franceses, seguridades satisfactorias de que todas las tropas francesas serán retiradas de México, y de que la Francia seguirá una política de absoluta no-intervención en los asuntos mexicanos

Nuestro gobierno exigirá igual política de parte de todas las potencias europeas. Se han recibido de París y de Viena noticias oficiales de que el emperador de Austria se ha comprometido á suministrar tropas á Maximiliano para reemplazar á los franceses, y que un gran número de soldados austriacos se halla á punto de embarcarse para Veracruz. Mr. Seward ha dado orden á Mr. Motley, de pedir sus pasaportes tan luego como haya partido el primer buque con tropas para una expedición de este género, así como de notificar al gobierno de Viena, que el ministro de Austria en Washington recibirá sus pasaportes al llegar aquí semejante noticia.

La intervención de cualquiera potencia europea en los asuntos interiores de México, será de aquí en adelante considerada por nuestro gobierno como *causa de guerra*. La Francia se ha visto empeñada en una guerra con México, buscando el resarcimiento de los perjuicios é injurias que había sufrido; y ahora ha aceptado la política de no-intervención, cuyos *custodios* en lo que respecta á México, serán en lo sucesivo los mismos Estados Unidos.”

El desgraciado archiduque entró en ese abatimiento de los sentenciados á la última pena.

Esto es horrible! exclamó la princesa; los Estados Unidos han jurado nuestra pérdida!

—Sí, exclamó Maximiliano, estamos perdidos.

—Véamos lo que dice S. M. tu augusto hermano.

Aquí está un telegrama de Viena, fecha dos de Mayo.

“La salida de los voluntarios austriacos para México, se había arreglado para el 10 de Mayo, y el lugar de reunión sería Laibach. El ministro de los Estados Unidos Mr. Motley, fué el 8 á conferenciar con el Conde de Mensdorff-Pouilly, después de lo cual, los voluntarios volvieron á sus hogares con licencia ilimitada. Mr. Motley declaró, que en caso de que se tratase otra vez de enviar voluntarios á México, saldría de Austria inmediatamente.”

—No, dijo abatido Maximiliano, es necesario ceder, la Francia y el Austria se humillan ante el coloso americano: ¿qué vamos á hacer nosotros, miserables pigmeos, ante esa fuerza poderosa que arrastra la voluntad de los Continentes?

Carlota de Austria se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Después de un momento de silencio, dijo con reposo.

—Los Estados Unidos han humillado á José II y á Napoleón III, porque se apoyan en un derecho reconocido, el de no intervención. Este pretexto puede escusarnos, porque la Unión ha declarado á su vez, que no intervendrá en los asuntos domésticos de México: la cuestión está reducida á tener un ejército.

Maximiliano le mostró un libro en el que estaban anotados los hombres con quienes podían contar para un momento dado.

—He ahí, dijo, los elementos para el sostén de la lucha; pasa los ojos por esas notas, y te convencerás de la imposibilidad de sostener una situación.

—Escúchame, Fernando, el ejército francés tiene que licenciar á millares de soldados que han cumplido su término; podemos tomarlos á nuestro servicio. Compraremos el material de guerra, y por un doble juego nos encontraremos con un ejército disciplinado.

—¡Napoleón no consentirá jamás!

—El, nos ha orillado á situación tan espantosa.

—Contestará con subterfugios y evasivas.

—Y si yo, dijo la orgullosa Carlota de Austria levantándose con precipitación, marchase á Europa y me presentase de improviso en las Tullerías y arrancase al César esa concesión, ¿qué dirías?

—Eso es irrealizable,

—¡No lo será, partiré para Francia, soy intransigible en mis propósitos, Maximiliano!

—Carlota, tú no podrás resistir esa situación que se va á desenvolver ante tí.

—Fernando, yo he abandonado mi hogar, he renunciado á las caricias de mi padre!.....Al cruzar el océano le he dado sin sentimiento un adiós eterno á mi patria, trocándola por este suelo donde soñaba un solio, foco de ambiciones ahogadas en la cuna, porque el cielo me arrojó al mundo perdiendo la primogenitura.....He vuelto la vista al campo de las dinastías, las ramas todas de mi familia se sientan en los tronos del continente, excepto en el de Francia, improvisado en un inundo vivaque, ajado por la soldadesca impía y desenfrenada de los Bonapartes!.....Sí, cuando circula por mis venas la sangre real y me encuentro atada á un escaño miserable, le he dado una mirada de desdén á ese brillo deslumbrante de los doseles y de las coronas y me he vuelto al Septentrión para arrancar en el ataúd al cadáver de Moctezuma II, esa corona hecha pedazos por la espada de Hernán Cortés, soldarla y colocarla en mis sienes cumpliendo el destino de mi familia que se ha impuesto al mundo de los siglos y del porvenir!.....He querido ser emperatriz y lo he sido!.....

—¡Hoy despertamos de ese sueño, Carlota!

—Sí, hemos despertado; pero aún no tocamos al fin de ese sueño trocado en pesadilla, Maximiliano! recuerda á María Antonieta, ha subido con paso firme al cadalso en medio á la tormenta popular; ella es de mi familia, y los de mi raza saben que el trono suele improvisarse en el patíbulo; allí, sí, allí está la postrera página de las monarquías!..... ¡La muerte! prosiguió exaltada la joven archiduquesa, la muerte es preferible á esa evidencia ridícula de un rey destronado! aún me parece ver á mi abuelo, á Luis Felipe, astro apagado en el océano de las revoluciones, morir en el olvido y el abatimiento!.....¡Maximiliano, mil veces el cadalso que proyectar en una corte extrajera la raquítica figura de ese desgraciado rey de Nápoles á quien Garibaldi le ha puesto el gorro frigio, como la turba de Francia de 93 á Luis XVI!

—¡Todo esto es horrible!.....espantoso!.....

—Antes de sucumbir en el gran desastre que nos amenaza y tornar en la nave de la vergüenza á esconder nuestras frentes en las estancias de Miramar, partiré á Francia y libraré en el

último duelo con Napoleón el porvenir del imperio!.....Sí, Fernando, continuó declinando en un acento apacible de ternura, yo me aparto de todo; y mi corazón se vuelve hacia tí, á quien amo profundamente; la emperatriz se desciñe la corona y la esposa viene á mezclar sus lágrimas á los pesares de su compañero.

Aquella alma sublime se deshizo en llanto tristísimo que empapó como una lluvia de amargura las manos del archiduque.

—Sí, continuó, pasaré contigo ese día de los recuerdos, el de tu cumpleaños, acaso no lo volvamos á ver lucir juntos sobre la tierra!

Maximiliano creyó oír la voz profética de las Sibilas, y su imaginación, envuelta en las supersticiones alemanas, se estre meció profundamente.

Su corazón convergió hacia ese punto donde la naturaleza nos arrastra con una fuerza irresistible; pensó en Guadalupe.

Aquel hombre contrariado por el vendaval de la desdicha, inclinó su cabeza y lloró!.....

¡El llanto es el último asilo de las angustias humanas!.....

—Hundido en el abatimiento guardaba un profundo silencio, mientras que Carlota de Austria estrechaba á su corazón la frente de su esposo, donde ardía el mundo de la desesperación.

Daba la una en el reloj del Alcázar, cuando de la soledad del bosque se alzó una voz melancólica entonando la fatídica canción:

*Massimiliano,  
Non te fidare,  
Torna al castello  
De Miramare.*

Maximiliano se estrechó en el seno de la joven, y aquellos dos seres desgraciados se hundieron en el abismo sin fondo del desconsuelo y de la tribulación!.....

## CAPITULO OCTAVO.

EL GRABADOR Y DIAMANTISTA.

### I.

En la pieza interior del establecimiento de un grabador se encontraba el comandante Demuriez, hablando con el artista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1946-1947 MONTERREY, MEXICO